

Zoila Aurora Cáceres, del Sagrado Corazón a la Belle Époque

Fernando Carvallo

Laurence Sterne escribió que el destino de toda persona está prefigurado en su nombre. ¿Habría pensado en eso Andrés Avelino Cáceres cuando escogió para su hija el nombre de Zoila Aurora? Es cierto que en el Perú la historia literaria la ha reducido a uno solo de sus libros, el relato de la campaña de la Breña, que el viejo general dictara a su hija en provecho del siempre astuto Leguía, quien se aprestaba a nombrarlo mariscal. Pero por entonces, Zoila Aurora era ya una escritora reconocida (más en el extranjero que en su país) cuyos libros habían sido publicados en París con prólogos de Rubén Darío o Amado Nervo.

No debió ser cosa fácil, como evidencian sus propios prologuistas. Nervo se muestra indulgente en 1915 al presentar el volumen de novelas breves *La Rosa muerta*: «Yo creo que las mujeres a quienes Dios llama por el mal camino de las letras, deberían dedicarse a escribir novelas y con especialidad novelas de amor... En España e Hispano-América hay pocas mujeres novelistas, porque hay pocas mujeres intelectuales. La preocupación religiosa y la burla que cierta gente hace de las escritoras deben contribuir a ello una miaja».

Un año más tarde, Rubén Darío no se arredra ni ante la «burla» ni ante la «preocupación religiosa» y afirma en su prefacio a un libro de viajes, *Oasis de Arte*: «Confieso ante todo que no soy partidario de las plumíferas; que Safo y Corine me son poco gratas... y que una Gaetana Agnesi, una Teresa de Jesús o una George Sand me parecen casos de teratología moral. ¿De dónde proviene mi poco apego a las mujeres de letras? ... Todas, con ciertas raras excepciones, han sido y son feas. Evangelina no se encuen-

tra en ese caso... Baste con decir que es una compatriota de Santa Rosa de Lima».

Menos suerte tuvo Zoila Aurora, alias Evangelina, con sus compatriotas. Ventura García Calderón la excluye de su síntesis sobre la cultura peruana. Estuardo Núñez omite su nombre en su erudito libro sobre la «atracción de Francia en las letras del Perú». César Vallejo no juzgó oportuno comentar sus libros en las crónicas que escribió desde la ciudad que compartía con Zoila Aurora, y en la que Vallejo no llegó a publicar nada. No lo indujo a hacerlo la fascinación que sintió por ella Alfonso de Silva, el músico precoz inmortalizado en un poema excepcional: «Alfonso: estás mirándome, lo veo, desde el plano implacable donde moran lineales los siempres, lineales los jamases». Quince años antes, el elogio había sido formulado en prosa: «Llevo seis meses en Europa y lo único que he encontrado de grande es Silva». Tampoco motivó a Vallejo el haber conocido al fugaz ex-marido de Zoila Aurora, el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, a cuyo departamento Vallejo se precipita a poco de llegar a París, en 1923. Es cierto que para entonces el prolífico escritor, amigo de Rubén Darío, espadachín temible (como supo el mexicano José Vasconcelos), el seductor de Mata Hari y Oscar Wilde, de D'Annunzio e Isadora Duncan, parecía, a los 50 años, destruido por los excesos: «Apenas es posible identificar en este hombre viejo y craso, de cárdena masa celular parchada de hinchazones, en esta cara rasurada y chusca de abacero asturiano, al delicioso truhán guatemalteco de los años de *Grecia* y del *Japón heroico*. ¿Dónde está su hermosura sensual... dónde el bello alfanegue... dónde el seductor aro de pelo en el frontal, al son de la locura y la ambición... dónde el mostacho negro y romántico? ¿Tal queda del brillante bohemio, del goloso del ensueño y baccarat, del cronista glorioso, del cateador de las más dulces minas, casado y divorciado de noventa y nueve mujeres de todas las razas? ¿Tal queda del célebre corredor de hemisferios y de senos carnales que tanta alfalfa da a la rumia pública, con sus sabrosas leyendas de aventura? Tal queda... Gómez Carrillo está viejo para siempre.» El artículo de Vallejo apareció en el diario *El Norte*, en marzo de 1924, Gómez Carrillo falleció en 1927.

Sin duda Cáceres hubiera preferido otras batallas a la azarosa vida conyugal y literaria de su hija. Poco después de la muerte del patriarca y pese a que el código civil peruano no admitía aún el divorcio, una peruana osaba contar cómo y por qué decidió cancelar su matrimonio con el más célebre escritor latinoamericano en Europa. Pero también por qué lo amó y cómo pudo guardar con él una forma de compañerismo hasta el ataque cerebral que lo fulminó camino a su bar preferido: *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*.

Nacido en Guatemala en 1873, establecido en París desde 1890, Gómez Carrillo era la encarnación literaria de la «belle époque». Sus crónicas desde París se publicaban en los principales diarios de España y América Latina y sus libros de viajes a Grecia, Rusia y Japón lo convirtieron en paradigma del cosmopolitismo y la aventura. Cuando murió en 1927 legó a su última esposa, la salvadoreña Consuelo Suncín, una mansión en Niza, una considerable fortuna y la experiencia necesaria para sobrevivir a su siguiente matrimonio, con el aviador y novelista Antoine de Saint-Exupéry, quien se inspiró en ella para imaginar la rosa de *El Principito*.

Nacida en Lima en 1872, Zoila Aurora Cáceres acompañó a su padre en momentos álgidos de su carrera militar, pero también durante sus dos mandatos como presidente de la república y sus sucesivos puestos diplomáticos: Argentina, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania. El guatemalteco y la peruana tuvieron un primer contacto epistolar en París en 1902. Zoila Aurora confiesa que pese a su «estricta educación limeña» no pudo evitar la atracción que le produjera el autor de *Del amor, del dolor y del vicio*. Aunque hubiera preferido limitarse a los primeros factores del triángulo. El diario relata día tras día los pormenores de un encuentro amoroso iniciado en 1906, pero que para concretarse requería la aprobación del adusto militar: «Espero la respuesta de papá; supongo que sea favorable, mas si no quiere que me case, por mucho que yo sufra, no me opondré a su voluntad. No soy capaz de desobedecerle por nada del mundo». ¡Ah, las muchachas de principios del siglo pasado!

Al final, Cáceres acepta reunirse con el pretendiente quien hace esfuerzos para acercarse a «la normalidad burguesa». El general aprueba al futuro yerno, pero pregunta a su hija: «La literatura,

¿está en oposición con el peine?». Poco después oficia de testigo de la novia, mientras que Rubén Darío lo hacía por el novio. Nada hace creer que Cáceres conociera las odas a Chile escritas por el poeta nicaragüense.

Desde el día siguiente comenzaron los problemas. El diario relata la extrema tensión de un hombre dedicado a escribir, con dificultades manifiestas para adaptarse a la rutina y renunciar a su gusto por la calle y lo desconocido. La pareja se divierte a veces, viajando y recibiendo a sus amigos, ante quienes el marido despliega sus dotes de cocinero sutil y cosmopolita. *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo* transcribe una tarjeta enviada por Rubén Darío, quien acepta una invitación a comer y anuncia sus preferencias culinarias: «En cuanto a lo nipón, si usted me prepara la rata con cogollos de basilico, la saborearé complacido. Perritos comestibles no se pueden encontrar buenos; son por otra parte de fabulosos precios. Son esos pelados, temblorosos, que suelen pasear por el bosque de Boulogne, entre los cuidados de sus elegantes damas. De todas maneras, si usted consigue uno y lo asa bien, será exquisito».

Zoila Aurora se muestra inerme ante los súbitos cambios de humor de su marido, sus horarios desfasados y su hostilidad a las convenciones. Su pudor es extremo y la suspicacia en materia de sexo insuficiente. El diario no pasa de: «Le contesto con un beso que me fue devuelto, pagándome crecidos intereses». Casi cien años más tarde, un reputado historiador francés sostiene que Zoila Aurora no soportó que su marido la engañara con el chofer. Última tentativa de reconciliación: un disciplinado plan para escribir un libro a cuatro manos sobre Santa Rosa de Lima. El día pactado, los esposos se sientan y Gómez Carrillo escribe: «Rosa era una chica loca». Zoila Aurora llora. Enrique Gómez Carrillo se va dando un portazo y sentencia: «Esto me pasa por casarme con una rica». La convivencia sólo duró seis meses.

El sagaz Julio Ramón Ribeyro murió sin leer el más inesperado diario íntimo de la literatura peruana. En su ensayo sobre diaristas, Ribeyro se limita al diario de un funcionario refunfuñador y al de un joven artista, José García Calderón, muerto por Francia en 1916, cuando espiaba las tropas alemanas a bordo de un globo. El de Aurora lo hubiera entusiasmado. No sólo por su

mezcla de candor y radicalidad, sino porque del naufragio conyugal nació su propia obra literaria. En 1909 publicó su primer libro, *Mujeres de ayer y de hoy*: una vasta historia de la condición de la mujer, desde el Egipto de la antigüedad hasta el feminismo y la literatura femenina de su época. En él, Zoila Aurora es capaz de enunciar tesis desconcertantes a propósito de filósofos griegos, generales cartagineses, cortesanas francesas, príncipes del renacimiento, el profeta Mahoma o su país natal: «Las verdaderas víctimas de la miseria en Lima, son las señoritas que pertenecen a buenas familias y que han caído en desgracia: por lo mismo que esconden su pobreza como si fuera oprobio». Lo que no le impide mostrar perspicacia para juzgar la obra de sus predecesoras: Manuela Gorriti, Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera, Carolina Freyre de Jaimes, Lastenia Larriva de Llona, Manuela Villarán, Leonor Saury, etc.

Después de su primer ensayo, escribió novelas que se desarrollan en Ayacucho, París o Berlín y están pobladas por mujeres que intentan asumir su derecho a la pasión y no escamotean los lados oscuros de la vida: «Con su esposa sólo lo ligaba una ligera simpatía que no tardó en desaparecer con el trato íntimo y burgués de la vida conyugal». Un crítico francés sostuvo a propósito de su relato sobre los amores de un médico armenio y una paciente española: «Su obra ha logrado vengar los gritos de sufrimiento que se oyen en los consultorios médicos, al silenciarlos con los gemidos de la voluptuosidad». Distinto es el tono en sus escenarios andinos, donde entre procesiones, prefectos, quenas y morochucos, un joven enamorado puede cantar: «Si tu boquita fuera terrón de azúcar, todo el día estuviera chupa que chupa».

En 1925 publicó un libro sobre el Perú, *La ciudad del sol*. ¿Su prologuista? Gómez Carrillo, quien dio su versión final sobre su ex-esposa: «¿Cuál de los dos Cuzcos es el que Evangelina prefiere? ¿Cuál civilización? ¿La castellana o la india? ... Muy en el fondo, muy en el fondo, su espíritu católico no deja de sentir escrúpulos de antigua colegiala del Sagrado Corazón al notar que sus labios murmuran, inconscientemente las preces solares.»

A veces se la recuerda por haber fundado el Centro Social de Señoras (1905), la Unión Internacional de escritoras de países latinos (1909) o la Asociación Nacional de Escritores y Artistas

(1938). Sobreviven algunos que la vieron representar al Perú en Washington, ante la Comisión Interamericana de mujeres, hasta 1945. Cuando murió en Madrid en 1957 no tenía quien la leyera. Las cosas no han cambiado desde entonces ©